

necesidad de ocupar á Alba obligaba á desfilarse hacia la izquierda para remontar el Tormes. Al otro día, que era el 14, estaba el tiempo horroroso, y como disgustada la fortuna de gentes que tan mal sabían aprovecharse de sus favores, no semejava propicia á venir en su apoyo. Apenas se descubría por el frente á los enemigos: con todo, se les podía divisar por entre la niebla, desfilando de nuestra derecha á nuestra izquierda, para dejar á Salamanca y encaminarse á Ciudad-Rodrigo. A la parte de Salamanca se oían muchas explosiones, demostrativas de la destrucción voluntaria de una porción de municiones de los ingleses y harto indicadoras de un principio de retirada. José y Jourdan insistieron en que al menos se cayera con la caballería sobre el ejército contrario, para quitarle alguna tropa. Circunspecto el mariscal Soult hasta el último grado, y alegando por excusa lo obscuro del tiempo, no quiso continuar el avance hasta que todo el ejército de Portugal se le incorporara, no hizo siquiera dar su caballería, y cuando los ochenta y cinco mil franceses estuvieron juntos, ya halló á los ingleses fuera de alcance y en plena retirada por el camino de Ciudad-Rodrigo.

Extremadas fueron en los tres ejércitos la confusión y la ira. Para excusar tan deplorable aborto, se idearon las razones del estado de la atmósfera y la lentitud del ejército de Portugal, que forzado á remontarse más arriba de Alba de Tormes, no pudo llegar de ninguna manera más de prisa. Uno ó dos días más siguióse á los ingleses, y por único resultado de esta formidable concentración de fuerzas, se juntaron tres mil prisioneros, recogidos por los caminos á la cola de un contrario, reducido á marchar más velozmente que de costumbre.

José tomó la vuelta de Madrid y puso á sus tres ejércitos en cantones, al de Portugal en Castilla, al del centro en los alrededores de la capital española, al de Andalucía sobre el Tajo, entre Aranjuez y Talavera.

Tal fué en España esta triste campaña de 1812, que después de comenzar con la pérdida de las plazas de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, dejadas imprudentemente al descubierto por nosotros, ya para tomar á Valencia, ya para encaminar parte de nuestras tropas hacia Rusia, se interrumpió un momento, tornó á ser proseguida, y señalóse por la pérdida de la batalla de Salamanca, de resultas del alejamiento de Napoleón, de la autoridad insuficiente de José, de la negativa de varios generales á aprontar socorros, de la lentitud de Jourdan, de la temeridad de Marmont; campaña que terminó por la salida de Madrid, por la evacuación de Andalucía, por una reunión de fuerzas que, si bien tardía, pudiera hacer expiar á lord Wellington sus harto fáciles victorias, si la condescendencia de José y de Jourdan, al discernir el buen partido que debía tomarse y no osar hacer que prevaleciese, no produjera la última desgracia de ver á un ejército de cuarenta mil ingleses escaparse de ochenta y cinco mil franceses, colocados sobre su línea de comunicaciones. Así en este año de 1812, los ingleses nos tomaron las dos plazas importantes de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, nos ganaron una batalla decisiva, nos quitaron á Madrid por un instante, nos obligaron á evacuar á Andalucía, nos desafiaron hasta Burgos, y volviendo sanos y salvos de tan atrevida punta, pusieron

de manifiesto la debilidad de nuestra situación en España, debilidad debida á muchas causas deplorables, si bien referentes á una sola, al descuido de Napoleón, que, grande como era, no poseía el don de ubicuidad, y no pudiendo mandar bien desde París, aun lo podía menos desde Moscov; que, resolviéndose al fin á fiar su autoridad á su hermano, no se la delegó plena por desconfianza, por no se sabe qué enfado inoportuno.

Querer emprenderlo todo á un tiempo, querer estar á la vez en todas partes, turbarse después acerca de lo que se había tenido que descuidar á la fuerza, tal había sido, tal era aún el triste secreto de esta funesta guerra de España. ¡Tras del atentado con que se dió principio, nada peor se podía imaginar que la negligencia con que se estaba continuando!

Por lo demás, tantos sucesos á la par desastrosos en el Norte, fatales cuando menos en el Mediodía, debían producir y produjeron efectivamente una viva emoción en Europa. ¡Qué asombro y qué satisfacción entre los numerosos enemigos que nos habíamos concitado en todas partes! A cierta especie de alegría delirante se entregaba Inglaterra, que, olvidando que su huésped había tenido que salir de la capital española, sólo pensaba en el honor de haber entrado; que, después de restituir al gobierno de Cádiz la ciudad de Sevilla, se lisonjeaba de haber libertado casi á la Península de sus invasores; que, tras de alentar mucho la resistencia del emperador Alejandro sin esperanza alguna, se hallaba poseída de asombro al saber que sobre el Niemen tornábamos vencidos. A pesar de toda la credulidad del odio, apenas osaba dar asenso á las noticias divulgadas por Europa, y publicando con las cien voces de sus periódicos nuestros infortunios, aún no los creía tan grandes como los suponía y los estaba propalando. Estupefacta Alemania del espectáculo que tenía ante los ojos, empezaba á creernos vencidos, aún no se atrevía á creernos arruinados, se abandonaba á la esperanza de que así fuera al ver desfilarse uno tras otro á nuestros soldados, extraviados, helados, hambrientos, siempre aguardaba á ver por fin asomar el esqueleto del grande ejército, y no viéndolo llegar nunca, empezaba á juzgar verdadero lo que publicaba el orgullo de los rusos, y que ni este esqueleto existía. Cada día de aquel triste mes de diciembre sentía Alemania renacer en sus entrañas la esperanza, con la esperanza el valor, y con el valor una rabia furiosa. Fermentando estaban y aprestábanse á una sublevación general todas las sociedades secretas formadas en su seno. Pero aún fluctuaba entre la esperanza y el temor, no osaba abandonarse al ímpetu de sus pasiones, y aguardaba los sucesos con curiosidad ardorosa.

En medio de esta disposición de los ánimos se encaminaba Napoleón hacia París á las calladas, y allí le iban á acoger la criminal alegría de ciertos adversarios de su gobierno, el abatimiento de sus aduladores, el dolor no pensado de los hombres honrados, el dolor sin sorpresa de los hombres de luces. Y sin embargo, ni nuestros vencedores en la exaltación de su orgullo, ni nuestros enemigos en el arrebatado de su odio, ni los buenos conciudadanos en la profundidad de su pena, podían llegar á imaginar toda la extensión del daño. ¡Ah, que en breve lo debían conocer por completo!

## LIBRO CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO

### LAS COHORTES

Rápido viaje de Napoleón. — No se da á conocer más que en Varsovia y en Dresde, y sólo á los ministros de Francia. — Llegada súbita á París el 18 de diciembre á media noche. — Recepción de los ministros y de los grandes dignatarios del imperio al día siguiente. — Napoleón toma la actitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiración del general Malet una grande importancia. — Solemne recepción del senado y del Consejo de Estado. — Violenta invectiva contra la ideología. — A fin de atraer la atención pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado Mr. Frochot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el día de la conjura. — Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones. — Bajo la impresión del peligro que corrió su dinastía, si llegaba á ser muerto, piensa Napoleón en instituir de antemano la regencia de María Luisa. — Al archicanciller Cambaceres se le encarga preparar un senadoconsulto sobre esta materia. — Cuidados más importantes que absorben á Napoleón. — Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares. — Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruídos en Rusia. — De las márgenes del Vístula recibe noticias que le desengañan sobre la situación del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones. — Alegría de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres. — A su alegría sucede una violencia de pasión inaudita contra nosotros. — Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su proyecto de presentarse como libertador de Alemania. — Activos manejos de los refugiados alemanes reunidos en torno de su persona. — Esfuerzos tentados cerca del general York, caudillo del ejército auxiliar prusiano. — En retirada este cuerpo de Riga á Tilsit, abandona al mariscal Macdonald y se entrega á los rusos. — Peligros del mariscal Macdonald al quedar con algunos miles de polacos en medio de los ejércitos enemigos. — Sobre Tilsit y Labiau logra retirarse sano y salvo. — Evacúa el cuartel general francés á Königsberg y se repliega del Niemen al Vístula. — Macdonald y Ney, uno con la división polaca de Grandjeán, otro con la división de Heudelet, cubren como pueden esta evacuación precipitada. — Oficiales, generales y cuadros varios corriendo sobre Dantzick y Thorn. — No quedan en el cuartel general más de nueve ó diez mil hombres de todas naciones y de todas armas para resistir á la persecución de los rusos. — Desmoralizado Murat se retira á Posen, y acaba por abandonar al ejército, dejando el mando al príncipe Eugenio. — Efecto que la defección del general York produce en toda Alemania. — Movimiento extraordinario de la opinión, apoyado por las sociedades secretas, y voto unánime de juntarse á Rusia contra Francia. — Inmensa popularidad del emperador Alejandro. — Primeras impresiones del rey de Prusia, y su diligencia en desaprobando la conducta del general York. — Su embarazo entre los compromisos contraídos respecto de Francia y la coacción que sobre su ánimo ejerce la opinión pública de Alemania. — Se retira á Silesia y toma una especie de posición intermedia, desde la cual propone á Napoleón ciertas condiciones. — Rechazo producido por el movimiento de los ánimos en Viena. — Situación del emperador Francisco, que ha casado con Napoleón á su hija, y de Mr. de Metternich que ha aconsejado este matrimonio. — Su recelo de ser engañados al adoptar demasiado tarde la política de alianza con Francia. — Deseo de modificar esta política y de mediar entre Francia y Rusia, á fin de venir á la paz y de aprovechar las circunstancias para establecer de una manera á otra la independencia de Alemania. — Prudentes consejos del emperador Francisco y de Mr. de Metternich á Napoleón, y oferta de la mediación austriaca. — Cómo recibe Napoleón estas noticias, que llegan á París una tras otra. — Nuevo desarrollo que da á sus planes con la reconstitución de las fuerzas de Francia. — Empleo de las cohortes. — Alistamiento de quinientos mil hombres. — Napoleón convoca un consejo de negocios extranjeros para someterle estas providencias y consultarle sobre la actitud que se debe tomar respecto de Europa. — Sin rechazar la paz, Napoleón quiere hablar y dejar que se hable de ella, aun cuando no concluíra hasta después de alcanzar victorias que le restituyan la situación que ha perdido. — Diversidad de opiniones que se suscitan en torno suyo. — Se declara la mayoría á favor de grandes armamentos y al mismo tiempo de inmediatas negociaciones por mediación de Austria. — Napoleón, á quien conviene negociar mientras se apresta á combatir, acepta la mediación de Austria, bien que indicando bases de pacificación nada adecuadas á captarse la voluntad de esta potencia. — Respuesta poco alentadora dirigida á Prusia. — Inmensa actividad administrativa desplegada durante estas negociaciones. — Estado de la opinión pública en Francia. — Se deploran las faltas de Napoleón, pero prevalece el dictamen de hacer un vigoroso y último esfuerzo para repeler al enemigo y celebrar la paz en seguida. — A los alistamientos prescritos, se agregan donativos voluntarios. — Uso que hace Napoleón de los quinientos mil hombres puestos bajo su mando. — Reorganización de los cuerpos del antiguo ejército á las órdenes de los mariscales Davout y Víctor. — Creación, por medio de las cohortes y de los regimientos provisionales, de cuatro cuerpos nuevos, uno sobre el Elba á las órdenes del general Lauristón, dos junto al Rhin á las de los mariscales Ney y Marmont, y otro en Italia á las del general Bertrand. — Reorganización de la artillería y de la caballería. — Medios rentísticos ideados para atender á tan vastos armamentos. — Mientras Napoleón se ocupa en estos preparativos, quiere hacer algo por atraerse los ánimos, y piensa terminar sus disputas con el Papa. — Traslación del sumo pontífice desde Savona á Fontainebleau. — Napoleón envía allí á los cardenales de Bayane y Maury, arzobispo el uno de Tours y obispo el otro de Nantes, para inducir á una transacción á Pío VII. — De acuerdo ya Napoleón sobre la institución canónica con el papa, se muestra éste propicio á aceptar un establecimiento en Aviñón, con tal de que no se le obligue á residir en París. — Cuando están próximos á entenderse, trasládase Napoleón á Fontainebleau, y con el ascendiente de su presencia y de sus entrevistas, decide al papa á firmar el concordato de Fontainebleau, que consagra el abandono de la potestad temporal por la Santa Sede. — Fiestas en Fontainebleau. — Gracias prodigadas al clero. — Llamamiento de los cardenales desterrados. — Vuelto los cardenales al lado del papa, le excitan á dolerse de lo que ha hecho, y le disponen á no ejecutar el concordato de Fontainebleau. — Napoleón finge no echar de ver estas intrigas. — Satisfecho de lo que ha alcanzado convoca al cuerpo legislativo y le anuncia sus resoluciones. — Curso de los sucesos en Alemania. — Entusiasmo creciente de los alemanes. — Dominado por sus súbditos el rey de Prusia, se muestra muy irritado de las negativas de Napoleón y se aleja cada vez más de nuestra alianza. — Aunque divididos los rusos acerca de la conveniencia militar de una marcha hacia adelante, se deciden á ella por el deseo de atraerse al rey de Prusia. — Se adelantan sobre